

Como buen asturiano,
amarás a Asturias so-
bre todas las cosas.
Amar a Asturias no ex-
cluye, antes fortale-
ce, el amor a España.

REGION

Año V.-Número 1.127

Oviedo, miércoles 26 de enero de 1927

Diario de información
gráfica y literaria, des-
ligado de todo com-
promiso con perso-
nas, entidades y agru-
paciones políticas.

10 Céntimos

LAS TRAGEDIAS DEL MAR

Emocionante relato de los supervivientes del buque hundido a la entrada del puerto de San Esteban

**Un perro policía, propiedad del capitán, dio lugar a conmovedoras escenas.
Otros interesantes detalles del naufragio.**

LLEGA A NOSOTROS LA NOTICIA

De noche, ya demasiado tarde, llegó a nosotros la noticia, una noticia, sin detalles, pero que era todo un poema de tragedia y de inquietudes. La noticia era esta:

—En San Esteban de Pravia se ha hundido un barco con toda la tripulación.

Inútil inquirir más datos, más detalles. Nada absolutamente. Sólo la noticia con todo su expresivo y lacónico lenguaje. Y sin posible aclaración ni confirmación ni aumento en aquellos instantes. San Esteban de Pravia, a aquellas horas de la noche, estaba incomunicado para nosotros de una manera completa. Ni telegrafo, ni teléfono. Unicamente la carretera para ser devorada en minutos por un auto veloz...

Y al auto acudimos y a los diez y minutos de la noche ya contemplábamos desde el alto de Buenavista las luces de Oviedo, que dormía bajo la luna clara. Carretera adelante hacia el lugar de la tragedia...

LLEGAMOS A SAN ESTEBAN

A la una y media de la noche el auto se detenía ante el puerto de San Esteban. Hacía frío y la luna resplandecía sobre las aguas tranquilas que aquella tarde habían apagado diecisiete llamas de diecisiete vidas humildes, un poco más allá a la entrada del puerto. Los barcos dormían sobre el agua quieta y sólo a lo lejos, quizás de cincuenta metros, destellaba una lucecita.

No se veía persona viviente. Mas como el tiempo apremiaba y las magníficas estrellas brillaban su recorrido sin perder un instante implacables descendientes del cielo confortable y conteníamos a caminar de prisa por el muelle dispuestos a buscar la persona providencialmente siempre de los periodistas que nos encaminase en la senda de las noticias...

No tardó en presentarse en la persona de un cabinero que nadando en su copa hacia una ronda en dirección contraria a la nuestra. Le detuvimos, le interrogamos y nos contestó; nuestra primera pregunta fue: —¿Qué es lo que ocurrió hoy en San Esteban?

Se explica esta pregunta. Nosotros no sabíamos nada acerca del alcance de la catástrofe. Ni si había ahogados, ni el barco era grande. Absolutamente nada. La quietud que observábamos en San Esteban nos desconcertaba. Entonces fué cuando el carabinero nos contestó:

—Que se hundió un buque y ahogaron diecisiete hom-

—Un calofores nos corrió por el oceano. La noticia tenía una importancia excepcional — ante todo periodista — y disponía de un tiempo mezquino para bocetarla. Preguntamos al carabinero:

—Usted sabe algún detalle?

—Conozco los que conocen todas las personas que como yo presenciaron la tragedia, pero mejor les diré hablar con uno de los naufragios salvado aquí en San Esteban...

Interrompimos anhelantes:

—¿Dónde está el naufragio?

—Pues aquí al lado, en la fonda de "La Marina", pero ahora estará durmiendo...

Y nosotros ya en camino respondimos:

—Pues lo despertaremos. No tenemos más remedio que ser crueles. Tenemos que despertarlo y que nos diga...

Y a la puerta de la fonda descargamos fuertes y repetidos golpes. Entre tanto...

LO QUE NOS DIJO EL CABINERO

Como todo el vecindario de San Esteban de Pravia había

presenciado la tragedia. Ante un cúmulo de emociones como el que debía ce haber sufrido por la tarde, no podíamos exigirle una ordenación cronológica del relato. Brotaban de su memoria los detalles aislados y entremezclados. Poco a poco los elementos de la composición se fueron poniendo en sus respectivos lugares y comenzamos a revivir el cuadro de horas anteriores:

—El buque había estado toda la tarde en la embocadura del puerto sin lograr penetrar por la barra, debido a la fortísima marejada. Saliera empujado de Avilés por la mañana para San Esteban. Aquí debía tomar un cargamento de carbón para Bilbao. A las dos de la tarde llegó a la embocadura del puerto.

—A las cinco de la tarde aún

no había podido penetrar. Varias veces lo intentó y el intento fue fallido. Estaba la mar imponente.

A las cinco y minutos de la tarde, en vista de que la noche se echaba encina y de que la mar parecía un poco más en calma, se hizo un nuevo intento para forzar el bloqueo de la barra. La lancha de los prácticos hacia las señales necesarias para dirigir el buque. La maniobra iba bien y el buque se fue acercando a la barra traedora.

Y entonces fue cuando surgió impensadamente la catástrofe. Un fortísimo y brusco golpe de mar sacudió al buque, lo hizo girar sobre sí mismo y lo lanzó violentamente contra las rocas que guardan la playa de "La Percebos". Al buque se le abrió una enorme vía de agua y ya herido de muerte los gol-

pes del mar enbracecido se ensañaron en él. La situación se había hecho desesperada en unos momentos...

Un gentío immense presenciaba la catástrofe. Desde el muelle veían cómo el capitán y el piloto daban órdenes de salvamento. Por un instante se pensó en acudir en auxilio de los desventurados tripulantes. Aprestado rápidamente un cañón lanza cables, hizo dos disparos sin lograr nada. El buque sin embargo se convirtió en una maniobra de lanza los botes de salvamento al agua...

Y aquí llegó de nuevo la furia sahada y vengativa del mar. Un nuevo y enorme golpe de agua deshizo al buque materialmente contra las rocas del "Prao". Se partió con un fragor trágico en dos mitades y la proa y la popa desaparecieron instantáneamente entre las olas embravecidas. Un momento después ya acoso hubieran podido salvase los tripulantes...

Uno, dos, tres... se los vió un momento luchar desdoradamente con el mar, hundiéndose en el agua, respirando desesperadamente. El contramaestre, Diego Santiago y el tsarrón legaron alcanzar un bole y ciegos de inconsciencia ante la catástrofe, remoros desesperadamente hacia tierra y hacia una muerte segura, pues la fragil embarcación se hundía estrellado inevitablemente contra el muro. Pero un carabinero llamado Mariano Hernández, viendo el peligro y que se encontraban, logró a fuerza de disparos de fusil llamarles la atención, hacerles comprender el peligro y huir de él.

Más adentro fueron recogidos por el vapor "Arano" de Avilés.

UN ACTO HEROICO

Ya sólo luchaban con el criminal elemento dos hombres. Se les veía temblantes de desesperación azotar el agua en el afán de sobrevivir, de flotar, de llegar a tierra. Una situación imposible de prolongarse que presentaban transidas de horror cuantas personas se agolpaban en el puerto...

Pero surgió un joven héroe que con un absoluto desprecio de su vida y haciendo caso omiso de cuantas advertencias se le hicieron, se lanzó al mar y nadó vigorosamente hacia los naufragios. Eran éstos Andrés, el calderero del buque, y el marinero Ramiro Lago Santiago.

El héroe Joven se acercó a los desgraciados y con todas sus fuerzas luchó por salvarlos. Así lo tenía logrado, cuando un golpe de mar lo arrojó al calderero y lo hizo desaparecer, pero no logró tanto con Ramiro, que pocos momentos después fue arrastrado del agua en lastimoso estado, pero indemne.

Este joven héroe, para el cual tenemos toda clase de alabanzas y para el cual pedimos



SAN ESTEBAN DE PRAVIA.—De izquierda a derecha: Ramiro Lago, marinero; José Tequerica, marmillón; José Domínguez, ayudante de máquina; Diego Santiago, contramaestre, y Cesáreo Vilanova, mayordomo. Los únicos cinco supervivientes de la catástrofe del lunes.

(Foto Mesa)

DE LA CALLE

LO QUE SUEÑA...

"La ola"—titulamos un artículo en el número del sábado. Y recoge este título un periódico, y hace este chiste con él:

—Hola, hola...!

Es admirable...! Para "esparcir" de risa en flollo...

◇

Y al cabo, tuvimos suerte! Porque si en vez de "La ola" se nos ocurre titular "La onda", el chiste no nos parte...!

—Honda, honda...!

Una delicia. Colóquese en la honda un canto un verso de fabricación casera, y a ver quién resiste el golpe...!

—Usted sabe algún detalle?

No se cesa de hablar en estos días de la "copa" de Musset, y ya hay quienes preguntan con asombro:

—Pero, cómo, bebía en copa...? La pregunta es natural; ya se sabe que en Oviedo suelen muchos beberlo por madres...!

◇

—De modo—nos pregunta "uno del público"—que las localidades del teatro de las que se afirman que iban a hundirse, siempre estuvieron seguras...?

Hombre, claro, es natural! No obstante, la campaña era fundada... Quién quita que a lo

mejor, y durante una función, no ocurriera en Oviedo un terremoto...?

◇

Bueno, y de la otra campaña...? Qué se hizo del documento que se presentó al alcalde pidiendo la reforma del teatro y avalorado con quinientas firmas?

Bueno, quinientas... quinientas...

Quinientas nos dijeron a nosotros, pero nos parecen pocas...!

◇

Y del tiempo, ya se ve... Pasó la tormenta; renace la calma...!



LA SEÑORA

DOÑA HIGINIA SANCHEZ HEVIA

Viuda de don Faustino Quesada

Falleció en su casa de Nava, a los 87 años de edad, a las 14 del día 25 del corriente.

R. I. P.

Su desconsolada hija doña María del Amparo; sus nietos don Faustino, don José y doña María del Amparo; su hijo político don Luis Fernández Prida; hermano don Genaro; sobrinos y demás parientes;

Ruegan a sus amigos se sirvan encender su alma a Dios y asistir a la conducción del cadáver desde la casa mortuoria al cementerio de la parroquia, a las dieciseis de hoy miércoles, por cuyos actos de caridad cristiana les quedarán eternamente reconocidos.

públicamente una recompensa, se llama Jovino López, empleado en el Ferrocarril Vasco y vecino de San Esteban.

Y TAMBIEN TRABAJARON CON DENUEDO

Y también trabajaron con desnuedo por salvar a los naufragos, aunque sin lograr conseguirlo, las fuerzas de carabineros del puesto, compuestas por el suboficial don Antonio Alvarez, sargento don Francisco Pérez, sargento don Francisco Pérez y los números don Mariano Hernández, don José Orléa, don José Mantes, don Ezequiel Blanco, don Santiago Martín y don Fructuoso Pérez.

Y también numerosos vecinos de San Esteban, entre los cuales merecen mencionarse don Jerónimo Piñeiro, contramestre del puerto; el ingeniero del puerto, señor Piñuela, y don Cristóbal Méndez Vigo, consigliario del buque siniestrado.

LAS AUTORIDADES

Desde los primeros instantes en que la gravedad de la situación se hizo patente, acudieron al lugar del hecho las autoridades marítimas de San Esteban dirigidas por el comandante del puerto, don Francisco Alvarez, que fue quien instruyó las primeras diligencias.

Más tarde llegó la Comandancia de Gijón, haciéndose cargo de lo instruido.

HABLANDO CON UNO DE LOS SALVADOS

Se abrió la puerta de la fonda "La Marina"...

El buque nos recibió con amabilidad y al saber nuestro empeño, nos condujo al dormitorio del naufrago salvado Ramiro Lago Sardingo, a quien acompañaba su ayudante de máquinas José Domínguez, que tuvo la suerte de decidirse a venir por tierra a San Esteban, para llegar antes a saludar a su novia, que habita aquí. Esto le salvó.

Habíamos, brevemente, puesto el tiempo apretado, con el marinero salvado que es natural de Noya, en Galicia. Es joven, como de unos 26 años, fuerte y muy moreno. El nos manifiesta que el buque perdido se llamaba "Retuerto", que desplazaba 2.100 toneladas, pertenecía a la matrícula de San Sebastián y tenía de armador a don Mateo Olaso, de aquella plaza.

Sus manifestaciones coinciden en un todo con las que el carabinero nos hiciera anteriormente. Nos dice:

—El buque estaba de mala suerte; ya había tenido que entrar de arrabida forzosa en Avilés...

No sabe por qué se hundió el buque. Nosotros le preguntamos:

—Si habría roto el timón?

Y nos contesta:

—No sé. No sé...

Está desfallecido. Se duerme cuando le hablamos. Optaremos por dejarlo y hablar con él



SAN ESTEBAN DE PRavia.-El público presencia ante los restos del buque hundido.

(Foto Mata)

ayudante de máquinas, quien nos dice:

DOS CON SUERTE

Que entre los que de la tripulación del buque se salvaron del siniestro, figuraron el mayor-dono y el ayudante de puente, los cuales desembarcaron en Avilés continuaron viaje por tierra a San Esteban, para lo cual tenían, así como el ayudante de máquinas, permiso del capitán.

LA TRIPULACION

He aquí la lista de la tripulación que ya ayer dimos en nuestro número:

Capitán, don Eduardo Urain; piloto, Luis Fegueras; primer maquinista, Manuel Algori; segundo maquinista, León Santa Olaya; ayudante de máquinas, José Domínguez; marineros: Diego Santalago y el marinero; fogoneros: José Pucha, de Pontevedra; Manuel X. de El Ferrol; Santiago Martínez, de Muros de Galicia; los paleros: Cándido Ucha y su tal Belarmino, que es de Arzúa; calderero: un tal Andrés; que es de Palmeira; marineros: Manuel Ferrer, José Arrive y un tal José de Llarena; el camarerero, llamado Manolo, que es de Gijón; el

cocinero, cuyo nombre se ignora.

UNO DE LOS AHORALOS

Cuando saliamos de la fonda "La Marina" camino del auto volvimos a ver el agua luminosa y quieta del puerto. Ante aquella quietud nos acordamos de los pobres ahogados, yacientes a aquella hora bajo su perfida tranquilidad, bañada en luna. El carabinero que nos acompaña nos dice:

—Aún no pateó ninguno de los cadáveres. Pero se ha visto uno. Un compañero mío lo vió pasar cerca, a la deriva, pero a



SAN ESTEBAN DE PRavia.-Restos del "Retuerto" arrojados por las aguas al pedregal.

(Foto Mata)

pesar de todos los esfuerzos que realizó para extraerlo, utilizando su fusil et. ellos, no pudo lograrlo. El mar se lo volvió a tragarse otra vez...

Rodando el auto hacia Oviedo recordamos el decir popular, transido de oídos secares:

...Que la mar es muy traídora...

LO QUE DICE EL GOBERNADOR

Dijo:

Cuando ayer mañana visitamos al señor gobernador, escuchamos de sus labios frases de sincera condolencia para las víctimas de la horrible catástrofe desarrollada en San Esteban de Pravia.

Nosotros le preguntamos:

—Se propone usted ir allá?

—Hoy no—nos dijo— porque hoy tiene que presidir la Junta de transportes. Mañana, si; seguramente iré a San Esteban, a presidir el entierro de las víctimas, si es que mañana se celebra.

Nos dijo luego que le extrañaba bastante lo ocurrido. No se lo explica, estando el barco a treinta metros de tierra, puesto que utilizando simplemente los cañones lanzacohetes, podía haberse salvado la tripulación.

—Lo que pasa —añadió— es que en las Juntas de Salvamento de Naufragios, aunque hayan elementos, como no se hacen ejercicios prácticos, cuando llega el momento de utilizar el material se falla en su empleo por la falta de práctica.

COMO OCURRIÓ LA CATASTROFE

El vapor "Retuerto" salió el viernes en las primeras horas de la tarde del puerto de Avilés, con rumbo al puerto de San Esteban, adonde iba consignado a nombre de don Gumerindo Jiménez, para cargar carbón de la Sociedad Industrial Asturiana.

—El recorrido entre los dos puertos lo hizo con relativa facilidad, a pesar de encontrarse el mar terriblemente alborotado. Sobre las diez de la tarde el "Retuerto" entró al puerto de San Esteban.

Era abrillanándose el cielo y es de tanto peligro la tristeza de celebrar fiesta, que el que no se decidió a acometer la empresa de acercarse al puerto, y se mantuvo al garrote durante largo tiempo.

Las olas crecían en furia y se embravecían pavorosamente, como montañas de agua, que se levantaban espontáneamente sobre los patios del buque y amenazaban hundirle en el fondo bullido del mar.

Poco después, y como amalgamase la furia de la tempestad, pidieron entrada a los prácticos del puerto, que se apresuraron a acudir a la entrada de la barra para efectuar una rápida operación de entrada.

El buque se dispuso a emular la barra, y a tal efecto comenzó a maniobrar todo lo rápidamente que le permitían las angustiosas circunstancias en que se desenvolvía.

pero tras grandes esfuerzos logró alcanzar la costa seca. Y en el preciso momento de que comenzar su carrera salvadora, poco antes de llegar al punto del faro, una ola gigantesca se avanza sobre el buque y torció su rumbo... El esfuerzo había resultado baldío.

En el espigón y en el puerto curiosos y marineros presenciaron la fatigosa faena del "Retuerto", y con gran ansiedad veían la inutilidad de todos los esfuerzos del buque.

Entre los que miraban la terrible lucha sostenida contra el mar, figuraba don Gumerindo Jangüera, consignatario del "Retuerto".

Charlando estaba con uno de sus vecinos de la casería de salvamento, de naufragios, llamado Tomás Marín. Y con gran inquietud veía también la estérilidad de todos los trabajos de los marineros por lograr pasar la roca peligrosa.

Perdió el buque, tal vez advirtiendo el peligro inminente, vistosamente y, poniendo grua a alta mar, comenzó a caminar y separarse del lugar del peligro, después de dar tres pitadas de despedida.

— Parece que se marcha —dijo don Gumerindo—. Seguramente irá a recalar nuevamente al puerto de Avilés.

— No sé —le respondió Tomás—. Y así transcurrió nuevamente largo periodo de tiempo, y el buque seguía caminando con rumbo a alta mar.

De pronto Tomás, exclamó dirigiéndose a don Gumerindo y señalando con el dedo el punto lejano del cañavio:

— Poco a tierra,

— Estás seguro? —la preguntó

— Sí, señor. Poco a tierra...

Pues no sé como lo va a pasar...

El mar entonces había vuelto a encrespase con toda furia, y a lanzar al aire los ramalazos de las olas gigantescas, tal como montañas, que se erguían amenazadoras y se echaban sobre la tierra con toda la fuerza de los elementos encenderizados.

— Eso es una temeridad —dijo Tomás.

El barco seguía avanzando a gran velocidad, escondido a ratos entre las saladas espumantes de las encrespadas aguas.

Y de nuevo se acercó al espigón del faro, y nuevamente pidió entrada a los prácticos, y nuevamente se dispusieron éstos a ayudarle a salvar el furioso temporal que le azotaba.

Pidióse puerto abierto, y los prácticos, temerosos de la fuerza de la ola, respondieron que el buque no podía entrar.

Sería entonces la hora de la seis de la tarde. El buque pedía auxilio considerándose ya perdido, tocando sin cesar el pito y para no ser arrastrados por las

situación angustiosa e insostenible, se dio la orden de abandonar el buque.

El agua seguía avanzando incesantemente por encima de la cubierta, y se vieron precisados

a maderas, en las que se quedaron atrapados, se oyeron gritos de auxilio, y se oyeron gemidos de dolor.

Y cuando la maldición del agua pasó, y se quedó libre de espumas y el barco sumergido, oyóse un espantoso y nuevo crujido, cayó el navío con gran estrépito sobre las cortantes puntas del arrecife... Se oyó un golpe seco... Un chasquido siniestro, y en un instante, del que apenas se dieron cuenta los que se presentaron, el "Retuerto" quedó dividido en tres trozos, destrozado, molido y destrozado bajo el mordisco trágico de la tormenta.

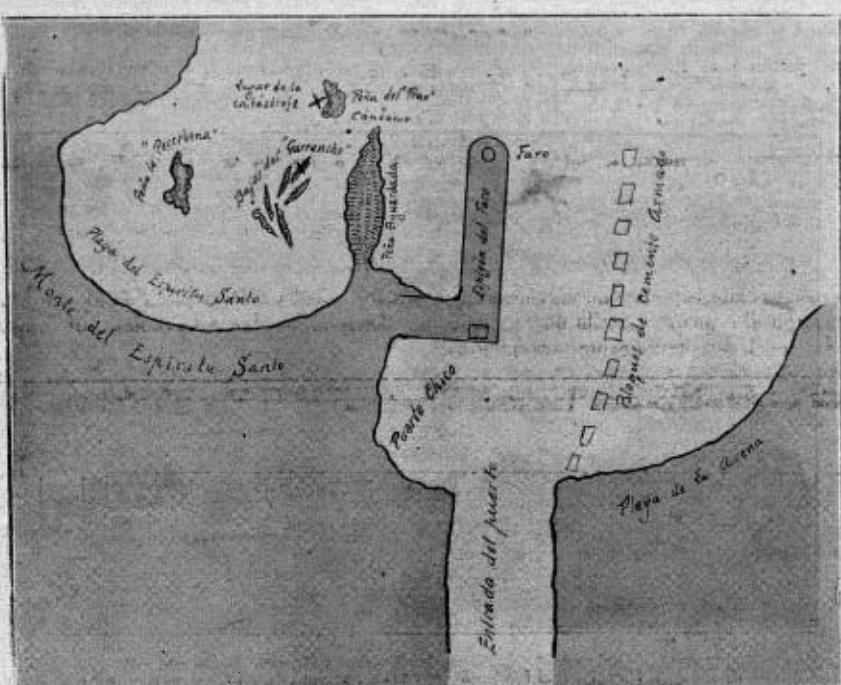
Y el agua se ensañó del monstruo deshecho y se adentró por los camarotes abiertos entornos a todos los vientos, y se llegó a los máquinas, y las apagó inmediatamente, y las desbarcó, como un guijarro, y chocando contra la techumbre la levantó con toda violencia y la deshizo en maderos y trozos diminutos.

El momento era angustioso... mortal, con todo dolor y con toda desesperación. Los tripulantes reunidos en la proa del buque desaparecieron envueltos entre las olas, y el espacio era llenado con los ayes de desesperación y de terror de los que veían venir la muerte sin esperanzas de poder escapar a ella...

Los ayes, los lamentos, las oraciones de cariño, los suspiros de temor, los gemidos de los endoloridos, los gritos pidiendo auxilio, llenaban el espacio de un lastimero rumor, al que se unía el sordo rumor de la tormenta, que seguía siendo la señora sin piedad de los mares.

El servicio de salvamento de San Esteban acudió con toda premura en auxilio de los desventurados... Sacaron el cañón lanzacabos... Hirieron un disparo con el cañón, pero ver si funcionaba bien... Se comprobó que estaba en perfecto uso. Y se cargó nuevamente y se lanzó un cable, que fue a caer con todo precisión por encima del barco, y de la otra parte. Y el cable se posó sobre la mitad del barco, con tan mala suerte, que fué el punto donde nadie, por lo peligroso, podía pasar a recogerlo.

Y como la noche ya era completa y la oscuridad grande, los de tierra nada pudieron hacer por la salvación de los infelices naufragos. Inmediatamente



SAN ESTEBAN DE FRAGA. Croquis del lugar donde se desarrolló la catástrofe del lunes.

imposible el arribar al puerto difícil.

Por cuarta vez decidieron el buque zinestrado a evitar la barra famosa, y por cuarto faro, una vez más empuje de la mar jada levantó en alta tempestad muñeco, la pesada mole del nido. Y cuando la ola pasó, deshecha en rugidos y en espuma,

el "Retuerto" había perdido nuevamente su rumbo, y ahora la corriente lo empujaba hacia los escollos temibles de la izquierda, frente a la llamada playa del Espíritu Santo.

Los que presenciaban la maniobra se llenaron de horror ante la tragedia que se avecinaba, y corrieron a encaramarse en el alto arrecife preso del astillero de

haciendo señales de luces, comunicándose por el telégrafo óptico con los que desde tierra presenciaban las horas angustiosas de aquello, desorientados.

La salida del puerto era imposible de todo punto. Sería una temeridad inconcebible pretender tan sólo atravesar sin perjuicio aquellas mareas preñadas de amenazas, elevadas trágicamente en la altura, deshaciéndose luego en cascadas de espumas turbias y amenazadoras.

Y el "Retuerto" comenzó a danzar sobre un semillero de arrecifes, ocultos entonces bajo las espumas hervidoras de la marea alta. Los que desde tierra presenciaban la maniobra temblaron ante el peligro inminente que corría el buque y su tripulación.

La tripulación perdió entonces la serenidad y acudió al amparo del capitán. A pesar de todo no se alteró el orden, sino que los angustiados buscaban un remedio y un auxilio que no encontraban, y todos sus esfuerzos se estrellaban con la fatalidad. Aquello era la muerte. Estaban perdidos sin remedio.

Los golpes de agua azotaban sin piedad los costados de la embarcación y la inclinaban bruscamente a un lado y a otro, haciendo rechinar el maderamen contra las puntas de los arrecifes, que, como sierras, arañaban incansablemente los costados del buque, haciendo imposible su salvación.

Los marineros, y los demás individuos de la tripulación, se reunieron, llenos de pavor, en la proa del barco, y allí esperaban con toda resignación a que llegase la hora de tener que lanzarse al mar, sin esperanza de salvación.

Entonces la confusión se hizo entre los bravos tripulantes, pero la voz del capitán se impuso a todos los terrores.

Mientras tengamos pies de hierro, no hay por qué desesperar. La marea parece que va cediendo; continuaremos pidiendo auxilio, y tal vez nos llegue con toda prontitud y podremos salir con bien de este peligro.

Y el capitán, cuando así hablaba a sus marineros, se encontraba en el puente del barco, y con él estaba el contramaestre Diego Santiago, y los dos buscaban una solución para aquella

aguas, sujetarse a los barrotes de cubierta.

Y en aquel momento, el capitán, con una lágrima, pedía socorro a los que se daban a la costa, casi a dos pasos del lugar trágico, casi sin palabras y advirtiendo sin angustia y perdiendo sus señales, sin que pudiesen correr en su socorro, ni prestarle la menor ayuda.

En esto una montaña de agua se abalanzó sobre el "Retuerto", y cayó sobre él como una montaña de oscuridad, y le oprimió como una montaña de hierro, y le aplastó como una montaña de violencia y de iraundia.

Y como la noche ya era completa y la oscuridad grande, los de tierra nada pudieron hacer por la salvación de los infelices naufragos. Inmediatamente

CUARENTA AÑOS DE ÉXITO

Real Sidra Asturiana - (Cima-Extra)

Del Excmo. Sr. D. José Cima García-Oviedo



EL SEÑOR

D. Manuel Alonso Riesgo

falleció en la villa condal de Noreña

a los 34 años de edad

Habiendo recibido los Santos Sacramentos

R. I. P.

Su desconsolado padre, don José María Alonso Bobes hermano, don Baltasar Alonso Riesgo; hermana política, doña Elvira Noval García; tíos, doña Carlota Blanco y doña Ramona Ronda Polledo; primos y demás parientes,

Ruegan a sus amistades se sirvan asistir a la conducción del cadáver, hoy día 26, a las cuatro y media de la tarde, desde la casa mortuoria, calle de la Cruz, al cementerio de esta villa, por lo que les quedarán eternamente agradecidos.

Nota: Se avisará oportunamente para los funerales.



SAN ESTEBAN DE FRAGA. El joven Jovino López, el héroe salvador de Ham o Lugo. (Foto Meney)

te se encendieron hogueras en los de las rocas más altas de la playa para que sirvieran de guía a los desvalidos... Y también se prendieron bengalas en toda la ribera... Y los baches ardían históricamente sobre los acantilados, por si ellos pudieran servirles de guía en el camino salvador. Los ayes de los mártires se escuchaban cada vez más alejados, más tenues, más desvanecidos y doyentes... ¡Los que luchaban perdían las fuerzas, y sucumbían bajo las garras de las aguas...

Y cuentan los supervivientes que no pueden explicar con palabras cuánta fué la amargura que se posó sobre ellos; ni el dolor que les envolvió durante varias horas, ni el martirio sin fin ni medida que les abrazó el alma con los arraigos del dolor y de la desesperación...

El capitán y el contramaestre estaban en el momento de la catástrofe en el puente del buque, y cuando pasó el empuje del azote, el barco se quebró como una caña, el desventurado capitán fué arrebatado entre las olas, con los demás tripulantes, sin que nadie le viese desde aquel momento.

El buque se iba deshaciendo, pulverizando, por decir así, entre los dientes de los cantiles. Y el contramaestre vió, a pesar de todo su sangre fría, que el fin de su vida se avecinaba.

Se arrojó al mar con esperanza de llegar a tierra nadando... Cuando subió a flote se encontró con una lancha salvadora del buque, y se apoderó de ella, y como en ella había puesto previamente remos y otros menesteres, se jugó salvado.

Pero otro golpe de mar le arrebató de ella y le lanzó nuevamente entre el oleaje... Luchó desdénadamente con los elementos, que así se conjuraban contra la vida de tantos hombres; Y tras largos esfuerzos lo gró alcanzarla nuevamente y saltar a ella.

El espectáculo, a poder ser visto a la luz del sol, debía de poner espanto en el alma. Seguían gimiendo los que luchaban a la desesperanza para tornar luego al silencio, perdidos ya los atentos y la vida.

Un nuevo golpe de agua volcó la lancha y tornó a sumergir al

valiente contramaestre. Y otra vez volvió la lucha y otra vez consiguió acercarse a la lancha y otra vez saltó a ella y se fundió en el fondo sin fuerzas y sin alientos.

Y el agua, que seguía battiendo sin cesar, echó la barquichuela contra el costado de la nave, y hubo un momento de quietud, que permitió al contramaestre

Y cuando se iban a separar del barco vieron dos bulbos sobre cubierta... Eran dos compañeros que gritaron:

—Sávenos en la lancha.

—Tírense al agua, que yo les recogeré.

—No sabemos nadar—le respondieron.

—Pues yo no puedo acercarme.

todo era silencio. Y vendo en los de los perdidos en medio de la tormenta los halló perdidos entre las olas a cuatro millas del puerto y a una milla de la punta de Deva.

La escena desarrollada no es para describir. Los naufragos abandonaron su lancha, que dejaron a merced de las olas, y subieron al buque, donde fueron

a su voluntad y que las fuerzas le iban poco a poco abriendo.

Desde la playa algunos decididos pretendían lanzarse al agua, bien atados, por si pudiera auxiliar a los que flotaran en la oscuridad de la ensenada. Y en esto Ramiro iba avanzando poco a poco la orilla, que era su salvación...

Le vieron nadar los de la orilla y hubo entonces un momento de vacilación:

—¿Quién se tira?

Todos dudaban. Era peligrosísima la aventura y pudiera muy bien costar la vida a quién intentase.

Y todos se miraban angustiados.

—Yo me echo al agua—exclamó una voz joven.

Y arrebatando el cabo que tenía en la mano un marinero, se lo tiró decididamente a la marea y se arrojó al agua. Era Jovino López, de dieciocho años de edad.

El otro extremo del cabo quedó tirado en tierra, sin que nadie le sujetara.

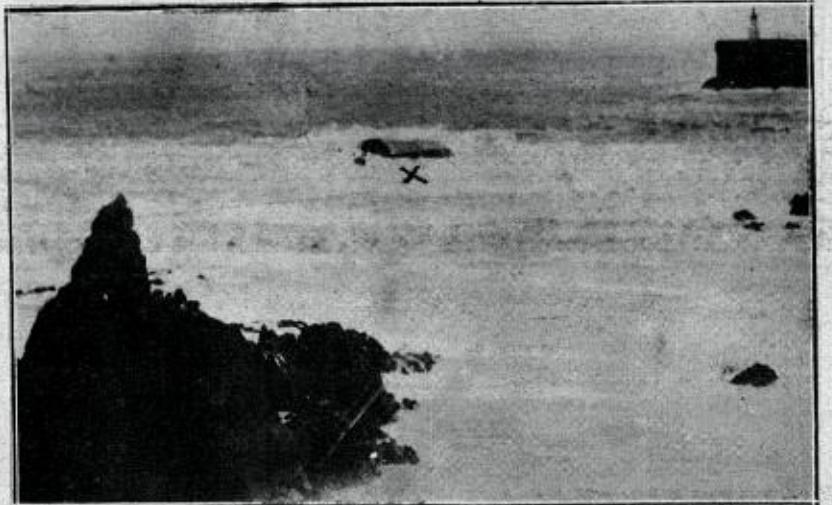
—Qué hacéis?—gritó Francisco Suárez—. No vais que va a llevar el agua?

Tomó la cuerda, se la tiró a la cintura y se mantuvo firme sobre la ribera, sosteniendo el cuerpo de Jovino, que sobre las aguas alborotadas buscaba el agua del que nadaba.

Cuatro brazadas y ya lo había alcanzado cuando un madero de los desechos del barco cayó pesadamente sobre la cabeza de Ramiro, que perdió el sentido y se dejó caer pesadamente.

Pero Jovino, de un nuevo empuje, se arrojó sobre el infundado y le pudo apresar por la cabeza. Y como con una sola mano no le podía arrastrar, aprovechó una tranquilidad momentánea, soltó la cuerda, le cogió por debajo del brazo y le sacó a toda prisa a la playa, donde todos lo que presenciaron la heroicidad del muchacho estaban llenos de maravilla.

Dedicáronse a auxiliar al desvanecido naufrago. Salio a la



SAN ESTEBAN DE PRavia. (X) Lugar donde ocurrió la catástrofe.

(Foto Mena)

tender la vista en su alrededor y darse cuenta del horrible cuadro de desventura en el que él era un desventurado más.

Y de pronto sintió sobre su cabeza unos gemidos... Y levantó la vista y vió suspendido de la borda a un hombre que sollozaba amargamente, pendiente sobre el abismo que bullía a sus pies.

Se levantó sobre la lancha y cogió por las piernas al que perdía del buque, y le echó sobre la barca. Entonces vió que era el marinotón José Lequerica. Le animó con palabras llenas de seriedad y sangre fría y se decidieron a luchar con las olas hasta que Dios quisiera.

—No nos abandone—gimieron los desventurados.

—Animo, y al agua, que yo haré por ustedes cuanto pueda—les dijo el contramaestre.

—No nos atrevemos...

Y en esto el oleaje les separó violentamente del buque y volvió a reinar el silencio de voces humanas.

Y como la barca estaba sin remos, y el oleaje era intensísimo, comenzó a danzar sobre el abismo como una cáscara de

atendidos con gran cuidado y transportados a Avilés, donde les compraron vestidos, pues estaban desnudos cuando fueron rescatados, y se les hizo reanudar.

En la tarde de ayer regresaron a San Esteban de Pravia en los Automóviles Luarca. Y en el industrioso pueblo esperan a que las autoridades de Marina dispongan de ellos.

OTROS DETALLES
Mientras tanto, en la playa



SAN ESTEBAN DE PRavia. Don Cristóbal Méndez Vigo, con la perra "Tula".

(Foto Mena)



CEDO. Una escena de la comedia "La guiana", de Pilar Millán Astray, estrenada con gran éxito en el teatro Cómico por la compañía Sánchez Arino.

(Foto Mena)

nuez azotada sin piedad por el furor de la tormenta. Y se adentró en el mar y se perdió, a lo lejos, en la oscuridad.

El agua iba entrando a torrentes en la indefensa barquita, y el animoso contramaestre se dedicó ardientemente a achicar el agua para evitar que zozobrase y para aguantar así hasta que Dios tuviese piedad de ellos.

—No budimos, Diego, aventurártela temerosamente José.

—No hay que desesperarse—¡Que ya nos salvárán!

Y seguía trabajando sin cesar, mientras el viento les arrastre hacia el Oeste.

Cuando el "Arno", avisado desde San Esteban, acudió prontamente a socorrer a los naufragios, en el lugar de la catástrofe

del Espíritu Santo se desarrollaba una no menos emocionante escena.

Ramiro Lago cayó al agua cuando la ola fatal arrasó la cubierta de la nave. Se sintió con fuerzas para luchar y luchó con denuedo.

Nadó ligero sobre los arrecifes y los bajos de aquella costa y se dirigió hacia las luces que veía arder en la playa. Las vió tan cerca que esto le dió ánimos y aunque le cegaba la espuma que se deshacía a cada momento sobre su cabeza comenzó su odisea interminable. Cada metro que avanzaba hacia su salvación, se lo robaba traidamente la resaca. Y el pobre Ramiro, al cabo de más de una hora, sentía que las piernas no obedecían

playa en completa desolación de un brazo pendía un trozo de camiseta.

Se le condujo a la casilla de salvamento de naufragios, donde se le reanimó con fricciones y masajes.

Luego fué trasladado a la casilla de Puerto Chico, donde se le facilitaron ropas y se le dio cognac y otros estimulantes.

Poco después aparecieron fijando otros dos marineros, y también se dispusieron a servirles. Uno de ellos, desaparecido momentos después, sin que hubiera vuelto a ver. Pero el otro que era el calderero Andrés González, seguía nadando fatigosamente.

Ya se iban aproximando otros naufragos y salvador. Solamente

